

A mis padres, por estar siempre cerca.

NARDOS EN BOTELLAS

“¡Putá! Puuuta, ¡se me va a estallar la cabeza! ¡Ay, no, esto no puede ser! ¿Qué hace esta mujer aquí? ¡Dios! ¡Totalmente desnuda! ¿Y yo? También... Conclusión clara. ¡Cómo fui capaz de echarle un polvo a este adefesio! ¡Vení!, ¡Gloria, despertáte, movéte! ¡No, sí seré bruto! Despierta va a ser peor. ¡Y ahora qué hago! ¿Cómo me acosté con mi vecina? Lo peor es que no me acuerdo de ni mierda. ¿Por qué no sé decir no? ¡Harvey Gómez, por favor! ¿Cuántas veces más pretendés aguantar un guayabo terciario de estos? Ya lo sabés, se te borra por completo la película después de la primera botella. No me acuerdo de nada. ¡Agua, agua! ¿Alguien me puede traer un vaso con agua? ¡Sí sos bien pendejo! ¿Quién te va a traer agua? No hay nadie más que Gloria, tu vecina de enfrente. Y lo peor, parece muerta. ¿La habré matado? No, no, todavía está caliente, pero no la va a despertar ni un terremoto. ¡Ya! Ya empiezo a recordar, nos pusimos a escuchar al buen Louis, *tarán, tan, tan, my dream come true... I'm blueberry Hill*. ¡No!, ¡protagonicé el peor ridículo de mi vida! Yo, Harvey Gómez, hice un *striptease* más grotesco que el de Full Monty. ¡Esto no me lo voy a perdonar nunca! ¿Ahora Gloria pretenderá terminar con mi adorable libertad? ¡Ni de riesgos! Ella, ella es la que tiene la culpa. ¡Claro! Llegó con el cuentico ese de siempre”. “Hola, Harvey, mira es que hice un pollo almendrado y... Ya. ¿Sabes? Soy incapaz de cocinar para una sola persona, y... pues te traje, porque si lo dejo en casa se va a dañar. Además, mira, en la empresa me regalaron esta botella azul de tequila, linda, ¿no? Quitapenas, ¿será que en verdad quita todas las tristezas? Te la traje porque no me gusta tomar sola, mejor te la regalo... Y, ya. Eso sí, guárdame la botella, ¿te imaginas cómo se verán de hermosos unos nardos con sus tallos largos y delgados?”. “Sí, Gloria, deben verse muy bonitos. ¿No te podrás quedar calladita, mi amor? Pero claro, el más idiota de todos dijo: ¿por qué no pasás y tomamos aunque sea un trago? ¡Vaya pendejo! De golpeo en golpeo, el resultado es esta resaca tan horrible y... ¡Mi vecina! Nunca cruzamos más de treinta palabras, pero anoche, de seguro nos cruzamos todo. Óscar no contesta. Preciso ahora. ¿Dónde andará este huevón? De esta salgo bien librado, me hago el dormido. Ella se

levanta primero y se va para su casita. Después me excuso diciendo que soy el más despistado y no hablo más del asunto, supuestamente no me acuerdo de nada, ¿no? Eso es lo que voy a hacer”.

Cuando finalmente viniste a decirme lo que pasaba con Gloria Calle, no le di la importancia que reclamabas. De esa manera me lo contaste, Harvey. Tal vez así lo sentías o estaba en tu memoria, ésa que ya no está para contarlo. Espero no haya olvidado ningún detalle. Espero, también, usar con exactitud tus palabras, como las traigo a mi mente ahora.

Tuve que salir de la inercia en la que me había aposentado después de cremar tu cuerpo. No iba a pasarme la vida lloriqueando y acusándome de ser un investigador ineficiente. Saqué fuerzas de quién sabe dónde para entrar de nuevo al despacho. Y como jugarreta, que no era del destino, allí estaba esperándome con toda su altivez una botella delgada con aguas turbias y un nardo tan muerto que ya no desataba ningún olor.

Sigo sin entender cómo Gloria Calle consiguió hacer llegar su fetiche hasta mi oficina, pero logró lo que seguramente pretendía: hacerme recordar lo que no quería recordar, y llevarme a reconstruirte en hojas de papel encabezadas con un membrete azul que reza: Óscar Campo, investigador privado, teléfonos, tales y tales, dirección X con esquina Z. Mejor acabo con estas anotaciones y pienso en un oficio nuevo.

El día en que Gloria Calle arremetió de lleno en la vida de Harvey, según él, horas interminables después, se despertó, lo abrazó y esperó la respuesta a varios de sus besos apasionados. Hizo hasta lo imposible para que él se levantara, le dijo cosas al oído y le acarició el pelo con ternura. Harvey quiso enfrentarla, echarla y hasta inventar “una poción de olvido con las mismas gotas de tequila de la esbelta botella”, pero siguió fingiendo que dormía, hasta cuando ella se rindió y se fue a su apartamento dejando un suculento desayuno con *omelet*, pan de centeno, mermelada, mantequilla y el aroma de un café caliente que inundó toda la habitación.

El desayuno apenas lo tocó, lo que sí tomó Harvey a sorbos placenteros fue la bebida oscura que calmó algunas horas el sinsabor de su resaca. Pensó que iba a salir bien librado, pensó también que sería muy simple. Gloria, como era de

esperarse, se iría apenada y nunca más se tocaría el asunto. Él, por el tiempo que fuera necesario, seguiría escudándose en una amnesia alcohólica y luego pronunciaría sus palabras preferidas: “asunto solucionado”.

Pero no fue así. Cuando vino a buscarme, vociferaba desesperado: “prometeme que no te vas a reír por lo que te voy a contar”. Yo se lo aseguré, aunque después solo pude contener las risotadas al notar que en su rostro había una angustia muy clara. Ahora vuelvo y me acuso de ingenuo aprendiz. ¿Cómo le creo a desconocidos y no atendí al único cómplice que logré conservar desde la infancia? Ya muchas veces nos ha pasado, le dije. “Harvey, te acuestas con una mujer y al día siguiente quiere instalarse en tu casa como la gran dueña y señora. ¿Qué tiene eso de particular? Además, tú eres el experto para decir ‘asunto solucionado’. ¿Te vas a asustar ahora porque no estás poniendo las reglas?”.

“¿No entendés, Óscar? ¿Te parece poco? Mirá, llego a mi casa y tengo mil mensajes en la contestadora, otros diez mails con insulso y ridículo te amo. Entro a mi propio apartamento como si fuera un ladrón. Luego, no puedo ni encender las luces porque esta mujer se parquea en la puerta y no la saca nadie de ahí hasta que hable con ella. Te juro que en los primeros días hasta me divertía. Gloria aparecía exactamente cinco minutos después de que yo llegara, me ofrecía su bendito pollo almendrado o el rollo de carne y no sé cuánta pendejada más. Y yo, claro, caía redondito. ¡Maldita sea, dejá de reírte que es verdad! Al comienzo traté hasta de tener una amistad con ella, como con cualquiera, pero esto de que te quieran convertir la vida en la primera persona del plural y de remate con futuro imperfecto es lo peor”.

“Estás totalmente loco, Harvey. ¿Cómo así que quieres hacerle un seguimiento a tu vecina, porque sientes que te está acosando sexualmente? ¿No crees que lo podrías dejar como un caso de simple enamoramiento? La verdad, no tengo razones para montarle un operativo de investigación a esta mujercita indefensa, aunque lleves un mes soportando su acecho. No, no puedo hacer nada”.

“¿Indefensa? No, Óscar, esa mujer puede enloquecerme, te lo juro. Además, hay algo que todavía me hace dudar: pocas veces me acuerdo de las cosas que hago cuando estoy borracho, pero es que aparte del *striptease* se borró todo,

laguna total. ¡No te burlés más! Las ridiculeces las podemos hacer todos en algún momento. ¿Pero no te parece muy raro que no me acuerde de nada?”

“¿Estás insinuando que te dio un somnífero o un *quereme* con su delicioso pollo almendrado?”. “No sé, ya estoy tan desesperado con esta mujer que estoy a punto de empezar a buscar un apartamento nuevo. ¡Ah!, además hay otra cosa bien rara, desde ese día sufro de fotofobia, delirios y taquicardia, y no estoy armando tormentas en vasos de agua, ¿pero vos sabés lo que significa tener fotofobia, cuando se supone que sos el director de fotografía más solicitado para comerciales?”

Harvey estaba realmente desesperado, y yo no sabía cómo ayudarlo. Opté por seguirme divirtiendo, así tal vez mi amigo olvidaría el mal rato. “¡No! Ni por el putas. No voy a escuchar tus maravillosas ideas. Nunca me gustó, eso te lo expliqué claramente. El culpable de todo es el tequila de más que tomé. El cuentico es cierto: ‘el alcohol embellece’, pero desde esa noche te juro que no la he tocado. ¡No, no y no! Ni te lo creas, no voy a hacerlo otra vez. Así pienses que es la mejor solución. Gloria está verdaderamente loca y es con la que menos puedo imaginar una relación formal. ¿Cómo no va a estar loca una mujer que no te deja ni respirar? Algo muy raro se trae, y no voy a ser yo el que lo descubra”.

El problema inicial era que no podíamos acusar a una mujer por el delito de enamorarse, ¿suena totalmente ridículo, no es así? Harvey, haciendo un teatro de cuarta con llanto incluido, me convenció para que la investigara. Pero mis pesquisas no fueron ni exhaustivas, ni fructíferas. Gloria Calle aparecía ante todos como una mujer totalmente inofensiva. Se desempeñaba como bacterióloga en un laboratorio particular y actualmente hacía una investigación sobre los efectos que tenía en los seres humanos la pérdida progresiva de los estrógenos y de la testosterona. Esto, obviamente, no tenía ninguna relación con Harvey y su producción hormonal. Traté de calmarlo, asegurándole que algún día ella se aburriría de perseguirlo.

“¿Por qué no pruebas invitándola a un lugar neutro? Le dices de frente que definitivamente no te interesa y santo remedio”. No sé si lo llevé a la muerte con esto. ¿Cuánto tiempo ha pasado? Tal vez dos semanas. Ya no importa. El último día que hablé con Harvey me dijo: “Seguiré tu consejo, la invito

a cenar y en pocas palabras le pido que me deje en paz”. Después recibí la llamada: “Investigador Óscar Campo, encontramos una tarjeta suya en la billetera de un hombre que se lanzó al metro esta madrugada. Según los otros documentos, dice aquí que su nombre era Harvey Gómez. Lamentablemente su rostro quedó irreconocible. Necesitamos que venga a identificarlo”.

El reconocimiento no fue tedioso. Muy pocas personas en esta ciudad fría y nebulosa conservan el color de piel que Harvey había logrado, después de largas sesiones en las camas de bronceado del gimnasio donde asistía como si fuera su lugar de culto. Además, se había hecho una reconstrucción oral costosísima, porque siempre creyó que una sonrisa perfecta era el elemento más importante en una conquista. Allí seguía intacta su reconstrucción, pero sin el sujeto para sonreír.

Los resultados de la autopsia dictaminaron suicidio como la primera hipótesis. Pero la presencia exagerada de un alcaloide no muy común me llevó a una indagación bastante tardía. Harvey, de vez en cuando, sobre todo en jornadas de filmación muy largas, acostumbraba ingerir cocaína, pero no era esta sustancia la que aparecía en la necropsia. En el minucioso examen se descubrió que en los últimos meses había consumido una sal similar, pero mucho más peligrosa.

El patólogo lo clasificó como un alucinógeno que proviene de la familia de las solanáceas y que desde tiempos inmemoriales es usado en ritos chamanísticos, porque se le atribuyen poderes adivinatorios. Químicamente se le conoce como hioscina, una sal traslúcida a la que vulgarmente se le llama escopolamina y que puede ser extraída de la raíz del beleño. En pequeñas cantidades produce fotofobia, insuficiencia respiratoria, delirio, pérdida de la memoria y alucinaciones. Una cantidad mayor puede llevar a la parálisis respiratoria, a un estado de coma severo y, claro está, la muerte. Gloria Calle seguramente le había suministrado pequeñas cantidades de escopolamina a Harvey, pero ¿cómo demostrarlo?

Al igual que todas las mujeres que esporádicamente amaron a Harvey, Gloria se encargó de darle el cupo total de lágrimas a la iglesia donde le dijimos adiós. Cuando la reconocí, no me pareció “el total adefesio” del que hablaba Harvey, aunque, efectivamente, no podría clasificarse en el mismo grupo de las mujeres hermosísimas que lloraban sin consuelo esa tarde.

Una nariz muy larga y demasiado recta deforma su rostro redondo, con ojos pequeños y poco expresivos, aunque trata de resaltarlos con unos pocos mechones de pelo oscuro que le caen sobre la frente, y apenas dejan ver unas delgadísimas cejas depiladas en forma horizontal. Sus labios, también insignificantes, y sus dientes excesivamente largos, angostos y separados.

Llamaba entonces la atención por esa escasa armonía y porque en vez de llevar una rosa roja en la mano, amenazaba con su nardo finamente cortado. Lloró como las otras, pero pausadamente. Me le acerqué después de la ceremonia y me presenté como el mejor amigo de Harvey.

Comencé a indagarla sin titubear. “Me contó muchas cosas de ti, parece que cocinas muy bien, ¿no?”. Con toda la alevosía, hablaba poco para proyectar una especie de aura enigmática. En ella era obvio tener que acudir a estrategias diferentes. Le insinué que me invitara a su casa a tomar un café, pero se disculpó diciéndome que todo estaba patas arriba desde la muerte de Harvey. No le creí. ¿Cómo una mujer tan neurótica podía ser desorganizada?

Al final aceptó que la llevara al restaurante de Álex, otro compañero de parrandas que encontré en el sepelio de Harvey, y que, solo por ayudarme, accedió a abrir las puertas del lugar donde brotaban en todos los rincones las nostalgias de Harvey.

Nos sentamos en una mesa apartada de la barra. Le pregunté a Gloria por su trabajo y hasta comencé a coquetearle sin muchos rodeos. Cedió, y aceptó un vino, aunque seguía aparentando ser indescifrable. Empezó a reírse cuando le conté recuerdos de nuestra niñez, y aproveché para disculparme un momento. Me dirigí hacia el baño, haciéndole una seña a Álex para que me secundara.

Desde allí la observé. Era una experta. En tanto caminé unos pasos, su rostro indefenso comenzó a transformarse y buscó algo en su cartera. Qué iba yo a saber, si era un odio inexplicable o tal vez su avanzada locura, pero tomó un pequeño frasco que tenía en un bolsillo. Vertió la sal incolora en mi copa de vino y la revolvió, sin dejar de mirar hacia cada lado para no ser descubierta.

Le pedí a Álex que nos interrumpiera antes del brindis y que se ideara alguna torpeza para regarle su vino en el vestido, así lograría que ella se ausentara

por algunos minutos. Álex lo hizo sin despertar ninguna sospecha. Mientras Gloria estaba en el tocador, aproveché para invertir las copas. Cuando regresó y bebió el primer trago, sus ojos comenzaron a apagarse. Luego se sumergió en un estado de excesiva tranquilidad. Es muy cierto lo que investigué acerca de la escopolamina. Quién sabe si en repetidos momentos la habrán utilizado para que la persona drogada se explaye en sus confesiones. Le pedí que me llevara a su casa y aceptó, como si le estuviera dando una orden.

Gloria se quedó sentada en un sofá mirando a ningún lugar, mientras yo inspeccionaba la casa. Saqué la grabadora y la dejé encima de una mesa cercana. Era verdaderamente delirante y obsesiva: fetiches inenarrables, velas de todos los tamaños y colores, máscaras de diferentes culturas, artesanías en miniatura. Cada detalle estaba ordenado estricta y maníacamente. Muy cerca de la ventana que miraba hacia la habitación de Harvey, había una fila de tres espigadas botellas de tequila con esos nardos que ya comenzaban a molestarme. Entonces descubrí que no eran ni simples talismanes ni simples adornos. La última estaba ligeramente más adelante que las otras. Esto me indicaba que Gloria Calle había matado a dos hombres más, aparte de mi amigo.

“¿Por qué Harvey? Si no me equivoco te dio a entender claramente que no quería nada contigo”. “¿Por qué él? Nos íbamos a casar”. “¡Eso es mentira, Gloria!” “No estoy hablando de Harvey. Gustavo y yo estábamos haciendo los preparativos para nuestra boda. Hasta pensamos que nos ganaríamos un premio de investigación con lo que él llamaba ‘nuestra sal de la verdad’. No nos atrevimos a usarla con pacientes, optamos por experimentar nosotros mismos, con pequeñas dosis. Pero un día tomó más de la cantidad y murió instantáneamente. Paro respiratorio. Y ya, se fue, me dejó”.

“¿Quiénes son los otros? ¿A quién más mataste?”. “¿Otros? Un imbécil igual a su amiguito del alma, uno que creyó que yo podía ser caballo de montar. No, peor, porque un buen caballo tiene que cuidarse, contemplarse y además cuesta muchísimo dinero. Es solo un nardo más para mis botellas... Una sonrisa igual a la de Gustavo”. “¿Qué? ¡Maldita local!”. “Se llamaba Álvaro, lo conocí en un bar. Entró con aires de querer ligarse lo que fuera, pero yo fui la única que le hizo caso. Y como ustedes no tienen más opciones que mandarnos a la cama, me revolqué con él. Y ya. Después le di la sal, lo acompañé al metro y le dije que se lanzara. Y ya, eso es todo”.

“Con Harvey fue distinto. ¿Sabe que me estaba comenzando a enamorar de él? Me producía ternura su angustia por sacarme del camino, y ese desespero que le daba por ser amable. Hasta dejó de invitar una distinta cada semana. Pero me dio mucho coraje cuando me dijo que todo había sido un error, un producto de la borrachera. ¿No pueden inventarse algo más inteligente? No soporté su rechazo, eso fue. No más. Me lo dijo con toda su decencia, pero no estaba dispuesta a aceptarlo. Y ya. Igual a usted, me llevó al bar de Álex y soltó su discurso evasivo. Y ya, ¿no entiende? Le eché la misma cantidad que preparó Gustavo esa última vez, la misma que usé para Álvaro. Y simple, le dije que se lanzara al túnel del metro si no aguantaba más, ahí nadie iba a notar el bulto”.

“¿Qué? ¡No más! ¡No quiero saber más!” “Pues ahora aguántese. Lo acompañé hasta la entrada. Sabrá lo que dijo, ¿no?: ‘esto es asunto solucionado, eso es lo que voy a hacer’. Se aventó el muy iluso. Y ya, eso es todo”. “¿Y ya? ¡Es todo! ¡Loca de mierda! ¿Cómo fue capaz?”. “Volví a la estación cuando estaban recogiendo el cuerpo y me cercioré de que estuviera muerto. Algún día tenían que recibir de su propia medicina”.

Dejé a Gloria Calle sin importarme si la ración que me correspondía la llevaría a la muerte. Pensé que tal vez permanecería durante muchas horas en su estado de letargo, mirando esas botellas con los nardos que transpiraban el recuerdo de sus muertos. Tomé la grabadora y salí. Después tuve que justificar la forma como logré su confesión: “Me tocó usar el arma del asesino. No tuve otra salida”.

La internaron en un hospital psiquiátrico antes de dictarle una orden de aprehensión, pero no creo que pueda salir rápidamente. Ahora lo sé, Gloria podrá justificar su locura en los viejos odios que la llevaron a matar. Pero yo, Óscar Campo, no sé hasta cuándo podré asumir que ése último nardo encontró su lugar en la esbelta botella azul de tequila.

MUY BUENOS DÍAS, EXTRAÑO

Salgo a caminar en la madrugada, el destino es un gimnasio temporal situado a varias cuadras del lugar, también pasajero, que habito desde hace un par de semanas y donde no logré sentirme en casa. Lo intuí desde el primer momento, ni haciendo todos los esfuerzos hubiera llegado a sentir eso que algunos llaman “el acostumbrarse”.

La luz del día es aún muy escasa, pero ya el recorrido lo he hecho otros amaneceres y al parecer los peligros no saltan de las esquinas. Hoy sí. Desde el portón escucho a un hombre que canta con voz enrevesada, lo miro de lejos. Él también me observa y aunque tambalea se dirige decidido hacia mí. Ya no puedo dar marcha atrás o inventar que algo se me ha quedado para evadirlo en mi paso.

Tampoco es bueno cambiar de acera, pienso. Lo recuerdo, hace un par de días también cantaba con la lengua enredada y exigía cigarrillos en una tienda, mientras yo compraba los míos. Su aliento a licor era muy fuerte, a pesar de la brisa furibunda de enero en la playa. Zarandeaba una botella de aguardiente barato y reclamaba sus tabacos. No pude evitar alejarme un poco. Con su intenso y alicorado aliento, también brotó la acidez molesta del cuerpo y el pelo enmarañado que no recibe agua desde tiempos inmemoriales.

Su cercanía se hace más peligrosa. Estoy a unos pasos de él. Ese andariego borracho me ha hecho recordarlo. Llegan a mi memoria palabras de un extraño y lejano amor. En su insistencia por crear él mismo un insondable y marginal universo, alguna vez huyó de otra mujer con la que vivía, y logró perderse aún más. Prefirió dormir en la calle para seguramente no tener que escucharla, ni a ella ni a nadie.

De vez en cuando me contaba algunas historias de esa vida. Un día caminábamos por una calle muy transitada y a un hombre que llevaba un carromato destartado se le cayó una herramienta sobre el pavimento. Yo

iba a lanzarme a recogerla, pero en ese instante me fue imposible atravesar la calle. Entonces lo llamé para que se diera cuenta de su olvido. El hombre me miró atento hasta que comprendió. Sonrió amable y desdentado, para después retroceder por lo que seguramente hacía parte de su quehacer diario. Después se despidió más amable, más agradecido, y hasta se aventuró a declararme atropellados halagos.

Mi intringulado amor me observó complacido, pude, o eso creí, capturar en sus ojos un pequeño resquicio de apasionamiento por mi actitud, aunque solo me dijo: “lo llamaste y en la calle eso vale más que cualquier cosa”. Ese día no lo entendí muy bien o no lo medité lo suficiente. En otro momento y no tan en la madrugada me había topado con un habitante de la calle que al verme comenzó a restregarse su pene. En mi ataque de pánico, opté por saludarlo con un “muy buenos días, señor”, que, antes del tipo asimilar, me dio tiempo para acelerar la bicicleta. Hoy no era mi escudo y la calle permanecía demasiado sola.

No me detuve, ni ante el inclemente ventarrón que intentaba retrasar mi cuerpo, sin un ápice de volátil o liviano. Tampoco bajé la mirada, y lo saludé igual, con esa frase aprendida de tiempo atrás. Ahora la realmente sorprendida fui yo. Apenas usé como arma mi “muy buenos días, señor”, el hombre, embriagado hasta los tuétanos, se lanzó sobre la calle y se acostó besando el pavimento, mientras entre cantos y gozos repetía mi saludo y me llenaba de elogios, como a una reina de pueblo en carnavales. Apresuré mis pasos y lo observaba de reojo, intentando no carcajearme con miedo y estupor.

Finalmente llegué a la esquina, perdiéndome hacia la acera que me llevaba rápidamente hacia el malecón donde había varios madrugadores que trotaban sobre la arena. Volvieron a mi mente recuerdos de mi insólito enamorado, ése que ya no estaba cerca para hacerme comprender. Y apenas hoy, en estas calles y en la playa que recién transito, logro descifrarlo.

Solo cuando habían transcurrido varios años de nuestra convivencia, pensé que había logrado escudriñar en sus razones, en esas incontables extrañezas y en sus maltrechos andares. Pero justo en ese momento él empezó a alejarse cada vez más, y más, hasta encerrarse tanto en esa corrugada y malsana caparazón construida por él mismo, que fui yo la que propició su partida definitiva.